

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL

El estado de la libertad (1)

La guerra civil desembocó en una eliminación total de la libertad política, y no meramente de hecho, sino por principio. Ningún puesto de gobierno, a ningún nivel, ni un alcalde de pueblo, fue electivo; esto se extendió a las corporaciones profesionales o intelectuales —Universidades, Facultades, Academias, Colegios representativos de las profesiones, etc.—. La censura previa fue obligatoria para todo impreso, hasta para un catálogo de semillas. Lo mismo habría que decir del teatro, el cine, la radio. Era menester un salvoconducto para desplazarse a la ciudad más próxima. La «adhesión al régimen», documentalmente atestigüada, era condición para aspirar a cualquier puesto oficial. Centenares de catedráticos fueron separados con este motivo, sin que esto mitigara el entusiasmo de muchos que hace un decenio sintieron profunda indignación —archi justificada— por la separación de seis (yo no había esperado tanto). No había derecho a tener pasaporte, y una vez concedido, era menester un visado de salida para cada viaje, que había de justificarse. Las autoridades eclesásticas tenían —y pienso que teóricamente aún tienen— derecho a intervenir en la enseñanza y en los libros usados para ella, en todos sus grados, desde la escuela primaria hasta la Universidad. La vida económica estaba estrictamente regulada: importaciones, exportaciones, adquisición de maquinaria, créditos. La huelga estaba absolutamente prohibida, sin excepción. Por supuesto, todo género de asociaciones que no fuesen las oficiales.

Las palabras con más frecuencia condenadas oficialmente eran democracia y liberalismo, y se usaba constantemente la despectiva contracción «demoliberal». No hablémos de las comunicaciones con el exterior, de la Prensa o los libros extranjeros. El Osservatore Romano llegaba sólo a los obispos, y era imposible recibirlo para una persona particular. La cultura era presentada de una manera absolutamente unilateral, y —salvo excepciones, como los dos primeros años de Escorial— la condenación de los escritores del 98 (especialmente Unamuno) y, más aún, de Ortega era casi unánime. Ortega fue durante muchos años la gran «bestia negra». No sólo se excluyó durante su mención de las Universidades, no sólo se extirpó del mundo oficial todo vestigio de su linaje intelectual, sino que se le atacó con saña, año tras año (tengo una hermosa antología de textos, que muchos no han tenido ocasión de leer y otros parecen haber olvidado).

En una conferencia de Buenos Aires en 1971 (puede leerse al frente de mi libro Innovación y arcaísmo), evocué cuál era mi actitud por aquellas fechas. «Al acabar la guerra el año 1939, yo era muy joven entonces, todavía no tenía veinticinco años. A un español se le presentaban tres posibilidades, tres términos alternativos. El primero sería aceptarlo todo, lo cual significaba renunciar a uno mismo. El segundo era renunciar a España, renunciar a la realidad física de España; pero, por mucho que a España se la lleve dentro, Danton dijo una vez que no se

puede uno llevar la patria en la suela de los zapatos; y esto es cierto; para mi España ha tenido una atracción física cada vez mayor, nunca me he sentido capaz de renunciar a ella. La tercera posibilidad era quedarse; quedarse y decir 'sí' y 'no': más veces 'no' que 'sí'. — Yo diría que escogí una forma particular de exilio: un exilio del Estado, un exilio de la vida oficial, pero no de la sociedad española. Me sentí profundamente radicado en la sociedad española, perteneciente a ella, dedicado a vivir en mi país, rodeado de mi lengua, a contemplar frecuentemente las viejas piedras o los agrestes paisajes españoles, aunque —en cierto modo— estuviera desconectado de la vida oficial de mi país, aunque tuviera que renunciar a partes esenciales de lo que era mi vocación personal. Esto significaba una fidelidad al yo elegido, al que me llamaba, al que yo sentía que tenía que ser.»

«No es fidelidad al pasado, es fidelidad al futuro. Quiero decir: es fidelidad a los proyectos y empresas, es fidelidad a la meta. No es que yo sea fiel a lo que he hecho o he dicho hace treinta años; es que soy fiel a lo que quería hacer y quería ser hace treinta años, y lo sigo siendo porque no lo he conseguido.»

—oOo—

Muchas veces he usado la expresión más concisa: vida como libertad. Por fortuna, éramos muchos en España —aunque no los suficientes— los que queríamos eso (la mayor parte no lo «querían», pero al menos lo deseaban, y ya es algo). Y la libertad empezó a germinar y brotar, como brota la hierba en los tejados y en las juntas de las losas de piedra. Sería apasionante y conmovedor hacer una historia fina y veraz del tímido, vacilante, inseguro renacimiento de la libertad en España.

Primero empezó por la palabra. El español tiene la lengua suelta, y ni siquiera el temor a la delación puede refrenarlo mucho tiempo. El ingenio lo hace perdonar casi todo, y como nadie quiere no ser ingenioso, ni siquiera los titulares del poder se han privado nunca de ejercitarlo, aún a su propia costa. Después —y desde muy pronto, no se olvide— empezaron a deslizarse ciertas libertades a través de la censura, que a veces deja pasar peces muy gruesos. La inconsistencia, la inobservancia, la falta de sistematismo son vicios españoles que en ocasiones resultan preciosos. Se fue creando una literatura y un pensamiento «libres», muy lentamente, pero sin tardanza. Al cabo de unos años, inverosímilmente, ahí estaban. (En Los españoles hablé largamente de ello.)

Lo más importante fue, sin embargo, la vida misma. Los españoles, al salir de la pesadilla de la guerra, tenían una enorme gana de vivir. Yo diría que sobre todo los de la zona republicana, porque en ella todo había sido mucho más duro, porque la vida elemental había estado en suspenso. La «sorprendente, casi indecible salud» que Ortega reconoció en España a co-

mienzos de 1946 nació de esa vitalidad inmarcesible, de esa resistencia a la adversidad, que imperó en los tres años de guerra y brotó con más fuerza al llegar la paz. Ahora bien, para el hombre, vivir es ser libre, y en la medida en que se vive, se vive libremente. En los países en que la libertad tiene eclipses prolongadísimos, que afectan a generaciones enteras, lo que entra en crisis es la vida misma; son pueblos que viven con vida mínima, en los que se han atenuado los resortes específicos de lo humano. Y los pueblos —tantos en el mundo— que no han conocido nunca una libertad satisfactoria, no han alcanzado tampoco el nivel de vitalidad de los demás. Son los pueblos «inferiores», no en el sentido de sus «dotes», de su realidad étnica, sino históricamente; son los que han contribuido en menor proporción, a la creación de la cultura, a la configuración del mundo, los pueblos «pasivos», frente a los más activos, inventivos, creadores, sobre todo ese puñado de hombres que se han convertido en lo que se llama históricamente el Occidente.

Los españoles, al ponerse a vivir, fueron abriendo, como un nadador con sus brazos, el camino de la libertad. Al cabo de unos años, se empezaba a poder respirar en la vida privada —no en la pública. Pero lo decisivo es la vida privada.

Uno de los factores positivos fue la despolitización. Intentaré explicarme. La República había aparecido como una promesa, una incitación de libertad. Por eso suscitó mi entusiasmo, y el de tantos españoles que la juzgamos digna de ser defendida. Pero no hay que ocultar que, una vez desencadenada la guerra, fue cayendo en manos muy poco liberales, y que su promesa de libertad quedó gravemente comprometida. No se entiende el final de la guerra civil si no se parte de un enorme desencanto, de una desilusión que una política generosa e inteligente por parte de los vencedores hubiera podido muy bien aprovechar para cicatrizar las heridas del país y empezar de nuevo todos juntos; por razones que no son de este lugar, se hizo aproximadamente lo contrario, pero la despolitización forzada fue a última hora una liberación de la politización maníaca en que se había caído poco antes de la guerra y que llevó a ésta.

Naturalmente, esta despolitización rezaba solo con los vencidos; pero cuando la retórica de los vencedores se fue desgastando por el uso, el abuso y la falta de imaginación, sobre todo cuando el desenlace de la Guerra Mundial aconsejó ponerla en sordina, la despolitización se generalizó y fue sustituida por un pragmatismo de corto vuelo que ha privado a la sociedad española de programa, de empresa pero que, de momento, permitió respirar. Y no se olvide que esto es la condición para todo lo demás. Dum spiro, spero, decían los latinos; mientras respiro, tengo esperanza.

Julión MARIAS

LA ALIMENTACION HUMANA

PARA LA HISTORIA DE LOS SABORES

— 1 —
HACE poco, leía en algún sitio ciertos detalles acerca de los métodos que hoy se emplean en la cría de animales destinados a la alimentación humana. La cosa resulta casi dantesca, a decir verdad, y parece ser que ya comienzan a levantarse voces a favor de las pobres bestias torturadas. Porque de verdaderas torturas se trata, en efecto. Cada día somos más a comer y, naturalmente, los sistemas tradicionales de producción de material digestible se revelaban insuficientes para satisfacer la demanda: no había más remedio que «industrializar» de algún modo una parte de la zoología a nuestro alcance. Carne, leche, huevos y lo que sea, siguen siendo imprescindibles en la mesa del hombre: el problema consistía en cómo multiplicar permanentemente su volumen, o su cantidad y los expertos se pusieron a la tarea. Si una gallina de antaño ponía un huevo cada veinticuatro horas aproximadamente, ahora convenía obligarla a poner tres o cuatro; si un pollo tardaba antes equis meses en adquirir una determinada consistencia en muslos y pechugas para ser recibido en la cocina, hoy se procura el mismo desarrollo en un tercio del tiempo, o menos; si los cerdos y las vacas daban de sí lo que podían en el curso más o menos natural de su vida, los ganaderos actuales les fuerzan a rendir el doble y con la máxima rapidez. Al principio, la operación se trató con la ayuda de la química: se les nutría con dietas astutamente calculadas y las víctimas sufrían una aceleración de su metabolismo —perdón si así está mal dicho— con el saldo final de un engorde veloz y más huevos, y más leche. Pero no era bastante.

No lo era. Había un precedente, si no me equivoco: el de la fabricación del «foie-gras». Este encantador «paté» tuvo que ser, en sus orígenes, un truco cañero, de familias rurales. Cuando, quizá ya refinado, ascendió a los mantos de la posibilidad del negocio indujo a algún

individuo espabilado a plantearse el asunto en términos «racionales»: para disponer de tantos hígados de pato —¿son de pato?— como la industria necesitaba, se pensó en someter a los patos a un régimen de comida y de movimiento que les provocase una hipertrofia hepática considerable. Y de este modo, el animal, con un hígado efectivamente desahogado, que le desequilibraba la salud y el humor, facilitaba la confección de la succulencia gastronómica aludida. Con las latas de «foie-gras» de nuestros supermercados ya es difícil saber qué proporción de hígado «real» entra en la mezcla. Esto ya es otra historia y pertenece a otro estado de sospechas o de perplejidades. Lo que viene a cuento, aquí, es el hecho de que los «pioneros» franceses del «foie-gras», para aumentar el hígado de sus animales, les mediatizaban infernalmente; les tenían abrumados con una dieta y una posición sedentaria afligidas. No debían moverse, por ejemplo, porque, si no se movían, les crecía el hígado, que es lo que se buscaba. Y si no era exactamente como digo —yo no soy un experto en habilidades veterinarias— venía a ser algo similar. De esta experiencia, sin duda, derivan las otras: la del pollo de granja, la de los huevos de granja, la de los cerdos y las vacas de granja y hasta la de las truchas y los langostinos de granja...

La palabra «granja» conserva, conservaba hasta anteaer, su inicial jovialidad semántica: «granja» equivalía, por ejemplo, a «masía», a «alquería», a los viejos establecimientos agropecuarios admirables. Hoy, ya se sabe, la coletilla «de granja» viene a significar, aplicada a cualquier bicho comestible, que su «pedigree» es poco de fiar. La «granja» es el nombre que se le da a las instalaciones industriales de la cría de animales. La industrialización de la zoología, insisto, era y es inevitable. Tantos bocas hambrientas y las que vendrán, porque dentro y fuera del matrimonio la gente se reproduce con una alegría alarmante, tantas bocas, digo, piden su ración, y no todo han de ser calditos de sobre

(los cuales, a su vez, para exhibir un relativo sabor a gallina, también necesitan unías cuantas gallinas): la estabulación sistemática de nuestros congéneres comestibles —franciscanamente, «criaturas de Nuestro Señor»— se hacía imprescindible. Una estabulación basada en una nueva concepción del «establo». A los cerdos y a las vacas los meten en un espacio reducido: ya no pacen, ni corren, ni trisan, ni todo eso. Nacen, crecen, se reproducen y mueren —y mientras tanto las vacas dan leche y los cerdos preparan su jamón o su tocino— en unas condiciones aberrantes. Las gallinas y sus hijos los pollastres lo pasan casi negro, todavía. Apretados en su encasillamiento, se les programa para poner huevos, o ser asados en esas máquinas horrosas que suelen ser situadas, para mayor inri, en la vía pública. Confieso mi absoluta indiferencia ante el «sufrimiento» de los animales. Y no es ése, por tanto, mi tema.

No es ése. Perteneczo a la rama de los que creen que este mundo, creado por Dios o no, es un asunto del hombre. Dejo a un lado la teología, para quienes gusten de ella. Ahora bien: lo que no es el hombre, sea la geología, y sus montañas y su petróleo, sea el mar, y lo que contiene, sean los virus, los elefantes, los gatos, el puma, las ratas, el canero y sus musculos, la deliciosa perdiz, sean las diversas verduras, desde el rábano o la patata hasta la acelga y la piña y sea el monóxido de carbono, atufente y etcétera, todo lo que no es el hombre es la Naturaleza. También el hombre es «naturaleza», pero la tentativa de ser lo que es o lo que intenta ser, hombre, descansa sobre el supuesto de «dominar» la Naturaleza. Eso se traduce en términos prácticos en cualquier tienda próxima: una charcutería, un lugar cualquiera donde se expenden mariscos, vegetales frescos o congelados, una farmacia, un libro. Y dentro de casa, en la electricidad y sus dependencias, audiovisuales o no. Y los detergentes y las fibras artificiales, en cuanto a los vestidos. Y... Cada vez que, al anunciar la situación, me em-

brolo en los detalles, tengo la impresión de que me pongo pesado: insistir en las evidencias —¿o no son evidencias?— aburre. De esas evidencias surge otra: la de que los animales comestibles son nuestros «siervos». Paso porque rio les hagan padecer demasiado: su destino último es la comida o la cena. Como es el destino de la patata. Las hipocresías sobre el particular son pura poesía lírica, aunque provengan de las cátedras de lo que en mis tiempos se llamaban Zoología y Botánica.

Para aplacar el apetito de los centenares de millones de tubos digestivos que pueblan el área «civilizada» del planeta —lo del Segundo y el Tercer Mundo es una historia semejante, pero peor—, hay que «sacrificar» animales y vegetales y algún que otro mineral, de los que la Naturaleza presenta. Lo de los animales tiene el aspecto «sentimental» del parentesco: también nosotros somos animales, ¡qué caramba! y experimentamos una discreta emoción cuando nos explican que, para nuestra subsistencia manipulan asperamente a los corderos, a la fauna avícola, a los puercos, al lanar y al cabrío, a la delicada anca de rana que da mi comarca. Pero tampoco es para tanto. Las torturas del pato, del pollo, de la gallina, del cerdo, de la vaca, en realidad, se le da una higa a todo el mundo. La clientela regular y manipulada, ya no sabe qué consume. Un médico amigo, de visita, cuando sus nenes me pedían agua y les ofrecí el embotellado de costumbre, me recomendó: «Déjales: ellos no saben que el agua es insípida; creen que el agua ha de saber a cloro... El agua que no les sepa a cloro no les gustará...» Las papilas palatales se resignan. El pollo prehistórico y el pollo de granja son dos gustos diferentes, escandalosamente diferentes: son dos «platos» sin ninguna relación. Las últimas generaciones desconocen el antiguo pollo, la gallina arcaica con su caldo glorioso y para ellas todo es puro «cloro»...

Joan FUSTER